

**Cuanto semilla de Kusch:**  
De la sabiduría de América como Filosofía latinoamericana.

Juan Cepeda H.\*

Al aproximarse, bajando, al Cuzco  
se comparte el cielo  
con otros cóndores que parecen abandonarse  
a *la nada* del viento  
sin más preocupación que la del sonido  
que va enfriando los oídos  
pero nunca la escucha.  
Allá en el Carmenga se avizora  
la iglesia de Santa Ana, sí, hacia el norte,  
cuando se atisba desde el sur;  
este sur que es solamente sur para los del norte  
porque bien norte puede ser el sur,  
cuando se practica la Lógica-de-la-negación.

¿Dónde está el colibrí o la tortuga?  
¿Dónde estás tú y dónde estoy yo?  
¿Y dónde la melodía del siku que sopla mi corazón?  
Que *el cóndor pasa* por mis entrañas  
ya lo sé:  
en mis tripas revuela su plumaje negro  
y su cuello blanco en mi alma;  
mi espíritu se lo lleva el colibrí;  
y tortuga somos todos:  
América Latina va despacio y no hay afán,  
¿afán para qué?  
No se sube de afán a la América profunda,  
ni se desciende de afán, tampoco;  
por más que el hedor nos impulse a dar pasos rápidos;  
de nada sirve,  
porque ahí mismo nos damos cuenta  
que no es un hedor objetivo,

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras, Magister en Filosofía Latinoamericana, candidato a Doctor en Filosofía con una tesis sobre *La ontología de Rodolfo Kusch*; actualmente es Director del *Grupo de Investigación Tlamatinime sobre Ontología Latinoamericana* y del SEMillero MEtafísica y ONtología: SEMEyON, en la Universidad Santo Tomás, Colombia. Este texto fue Ponencia en las IV Jornadas Rodolfo Kusch, Buenos Aires (Argentina), 2014. Se dispone también en video: [www.youtube.com/watch?v=MT6Nzmjb7cl](http://www.youtube.com/watch?v=MT6Nzmjb7cl)

sino que es nuestro propio hedor.  
Hedemos a América.  
Para los no americanos, hedemos.  
Hieden nuestras ciudades,  
hieden nuestros edificios;  
hiede nuestra política,  
hiede nuestra cultura;  
hiede nuestro tiempo,  
... ¡hiede la Eternidad!  
¿Y qué ser vivo no hiede?,  
¿qué ser humano no hiede?  
Mírate las tripas.  
Cuando sabemos sentir desde las entrañas nuestra existencia:  
¡hedemos!

Estamos: hediendo.  
Somos: hediendo.  
Solamente a quien se cree pulcro le hiede el hedor,  
porque hedor somos todos.  
Pero, claro, nos esforzamos por no evidenciarlo:  
nos cepillamos los dientes varias veces al día,  
cada día nos bañamos,  
aseamos cotidianamente la casa,  
usamos de los perfumes, de las fragancias, de la higiene,  
porque nos hiede el hedor.

Una vez también hedió el tango,  
y otra vez hedió el valz,  
¡que no nos preocupe el hedor!  
¡Mírate las tripas!  
Tunupa, *que va siendo el mundo*,  
es el hedor de Viracocha:  
¡somos, pues, las tripas de Dios!,  
y somos los muertos de la esperanza...  
No hay vida sin muerte  
y con la muerte emerge la vida,  
según me ha enseñado el grano de maíz,  
¿y qué muerto no hiede  
aunque haya sido tan buena persona?,  
¿y qué semilla no se muere  
para dar paso al nuevo germen  
de la vida?

Agustín Magaldi canta: Dios te  
salve mi hijo

Sí, son tan hermanas la vida y la muerte  
que en últimas no se comprende la una sin la otra  
misteriosamente.

Son tan hermanas, como Sonido y Silencio,  
no sólo en la partitura,  
sino en la existencia rítmica de todo lo que es,  
¡y ni qué decir de lo hermanas que son Ser y Nada!  
¿Estamos?

Saçicuspa.

Cuando de verdad se quiere *abrir la flor* del ser  
—ya lo señalaron nuestros Amautas y Tlaminime—  
el camino del vino y la gula  
no nos llevará a parte alguna  
—y nos lo recuerda Kusch  
en *América profunda*—  
que la comprensión de Nada-Ser,  
de Vida-Muerte, Noche-Día, Calor-Frío,  
y de toda otra como dualidad,  
solamente se alcanzan  
en su integralidad  
gracias al ayuno.

Llenarte de todo es llenarte de nada,  
saber de todo es saber nada,  
y *estando* aquí es mejor no mirarte,  
es mejor *ayunarte*  
hasta que se abra la flor  
y cante el poeta,  
es mejor  
y es más bueno  
¡qué bien  
que Caos y Orden estén  
en el mismo andén caminando!

¿Y esto cómo puede ser?

En *Ira y tiempo*, también de forma dual,  
Sloterdijk actualmente racionaliza  
lo que, desde el pensamiento indígena,  
hace medio siglo ya Kusch señaló:  
la ira natural que es ira divina.  
Viracocha con su trueno

es trueno de barbarie,  
una tormenta de truenos y relámpagos  
es trueno de barbarie,  
¿y qué si no  
cuando truenan los bancos y la economía global?  
Hay quienes se escandalizan  
porque algunos seres humanos  
nos arrodillamos ante un crucifijo,  
¿y dónde están los que se escandalizan  
por los que se arrodillan  
ante los bancos?  
La ira divina se metamorfosea de diversas maneras,  
la ira divina se hace humana  
en cuanto que ésta  
no logra su sentido sin aquélla,  
y por más que le huya,  
escondiendo todo hedor  
y edificando grandes urbes como civilizadas,  
se sabe que ahí por debajo  
cruzan redes de alcantarillas  
hedientas  
que no dejan de recordarnos lo que somos,  
que no dejan de herirnos de miedo,  
asechándonos no desde la oscuridad  
sino desde la fuerza de nuestras poco-conciencias.  
Hiere la ira,  
no se puede anular la ira divina,  
estamos miedosos  
por todo lo que hacemos como lo hacemos.  
Hiede la ira,  
no se puede respirar sin la ira divina,  
estamos siendo  
sólo a lo que nuestras fuerzas conducen  
desde el entusiasmo  
que nace de nuestras tripas.

Pero la ira enceguecida produce monstruosidades:  
nos han encontrado por doquier  
ingenieros sin ingenio  
destructores del nicho ecológico  
que vitaliza nuestra existencia,

hedor mecánico homicida del espíritu;  
nos han encontrado por doquier  
administradores egoístas  
que no tienen idea del bien social,  
hedor fratricida  
que nos hunde en la barbarie  
del desorden, del delito, de la ganancia individual;  
nos han encontrado por doquier  
artistas y humanistas, pedagogos y educadores  
sin idea de interculturalidad,  
indiferentes a la cultura autóctona ancestral,  
que se avergüenzan del hedor  
en que nos ha convertido la colonialidad  
de la máquina, de la industria, de la economía;  
nos han encontrado por doquier  
historiadores y filósofos  
sin historia,  
defensores de una «historia grande»  
que no es más que pequeña,  
defensores de un «pensamiento grande», clásico, tradicional,  
que no es más que pequeño, ajeno, imperial,  
cuyo hedor no les hiede  
porque solamente hiede el pensamiento ancestral,  
hiede el pensamiento propio,  
hiede el pensamiento afro,  
este pensamiento sin conceptos ni categorías  
epistemológicamente argumentadas,  
dicen:  
que nuestro pensamiento no es científico  
que nuestro pensamiento no es filosofía  
y hubo época incluso  
en que se dudó  
-y aún hay quienes lo dudan-  
si nosotros en América Latina  
pensamos.

Pareciera que en Coricancha  
meramente *se está*  
y no se piensa.  
Pareciera que en quechua y aymara  
solamente *se está*

y no se siente.  
Pareciera que en América Latina  
apenas si *se está*  
y no se es.  
Pero nuestra sabiduría nos señala  
que el *estar* no es quietud pasiva,  
atolondrada, apálabre.  
No somos Colón ni Pizarro,  
no somos Magallanes ni Quesada ni Cortés,  
no somos Alguien,  
porque se nos ha ninguneado  
y hedemos a no ser:  
Pedro Pascasio no existe.  
Para Occidente sólo existen  
objetos verificables  
avalados por la verdad de su mirada:  
¿Se escucha el Amazonas  
corriente caudalosa  
selva virgen tenebrosa?  
¿Se escucha la pampa  
o la sinfonía negra de la naturaleza oscura?  
¿Se siente, acaso, el grito de la pobreza  
emergido de palafitos negros  
sobre el Pacífico colombiano?  
¿Se saborea el rezo aindiado bajo los ponchos  
de humildes mexicas  
a los pies por siglos de una virgen morena?  
... la vida simple ...

Habitantes de una tierra de siete colores  
estando-siendo en la no memoria,  
construyéndonos en una no historia  
porque habíamos sido negados como personas  
nos sabemos latinoamericanos.

Cóndor, Colibrí, Tortuga.  
¡Pesa el alma!  
¡Pase la vida!  
«Una manzana cae  
porque se reintegra al suelo.  
Ha sido semilla,  
ha madurado

y luego se ha desprendido del árbol,  
para reintegrarse al suelo.  
Esta es una verdad y quizá la primera»<sup>222</sup>.  
La Sabiduría de América  
es Filosofía Latinoamericana.

1842: Alberdi. Historia de las Ideas.  
Semilla y germinación.  
Buena tierra y buen tiempo.  
El ritmo de la siembra.

Conciencia de opresión:  
Filosofía de la liberación.  
Filosofía política. Ética del bien.  
Somos los otros de los otros,  
siendo los demás de los demás.

Pensamiento filosófico amerindio:  
diversidad de sabidurías,  
multiplicidad de filosofías indígenas.  
Filosofía náhuatl,  
filosofía andina,  
filosofía mapuche,  
filosofía muisca, entre tantas otras.

Filosofía intercultural  
que más allá de las diversas culturas  
aprecia los puntos de contacto sentiente  
entre las apuestas culturales  
de unos y otros pueblos,  
de unas y otras tradiciones.

Comprensión de la diversidad:  
hermenéutica analógica  
que busca no caer en dogmatismos  
de intransigencia inhumana.  
Símbolo y ontología  
bajo nuevos horizontes de comprensión.

Filosofías de la vida  
para una tierra de tantos muertos y violencias:

Vitalismo cósmico natural y transnatural,  
enraizada en la naturaleza viva: filosofía ambiental,  
desde las entrañas de los pobres: ecología espiritual.

Y la pregunta por lo que es siendo  
comprendido desde donde estamos  
sin amilanarnos del hedor de la no cientificidad  
de nuestra apuesta: ontología latinoamericana.

Retorno al interior  
del hediento inconsciente  
donde se es mera semilla.

¿Por qué la vida?  
¿Para qué estar semilla?  
Por qué y para qué.  
¡Y nos hacemos Pregunta!  
Se está al modo de la pregunta.  
¿Hay mejor forma de estar?  
¿No nos gusta preguntar?

Semilla estamos.  
¿Estamos siendo?  
¿Semilla estamos siendo?  
Pregunta la pregunta:  
ya no qué somos,  
sino quiénes somos.  
Pregunta la pregunta:  
ya no quiénes somos,  
sino qué estamos siendo.

Semilla de ser.  
En la parcelita de nuestro ser:  
estamos.  
El arado labra la tierra,  
la llovizna humedece el terreno,  
la luna de madrugada  
nos muestra el sendero.  
¿Cómo de otra manera

camina el campesino?  
¿No se humedecen sus pies  
con la humedad de su terreno?  
¿No madruga a sembrar  
la semilla, nuestro alimento?  
En los Andes  
se entumescen  
los dedos de las manos y de los pies,  
y las rodillas,  
el frío humedece  
el poncho o la ruana,  
de nuestros campesinos,  
pero esas ruanas saben  
conversar en la aurora  
con la luna blanca,  
¿y no es en esas conversas  
donde se ha aprendido  
la sabiduría de la siembra y de la cosecha?  
Claro que estar en la parcela  
no es ser en el *logos*,  
¿pero habría *logos* sin parcela?  
¿Pero habría *logos* sin parcela?

En la parcela el campesino.  
En la mano del campesino la semilla.  
Una semilla que se siembra en la parcela.  
La parcela que produce el alimento.  
El alimento que cosecha el campesino.  
El alimento que se sirve a la mesa  
del académico poseedor del *logos* que es.  
El *logos* que se hace concepto,  
el *logos* que se argumenta categoría,  
y que permite la teoría  
para la explicación racional de lo que es,  
ya no recuerda la semilla,  
ya ha olvidado la parcela,  
ya no le importa al campesino  
ni su sabiduría ancestral

## **Cuanto semilla de Kusch:**

De la sabiduría de América como Filosofía latinoamericana.

Juan Cepeda H.

La ponencia presenta dos momentos de reflexión: el primero se enraíza en la lectura de *América profunda* para desentrañar algunas categorías que fundamenten una reflexión filosófica que acompañe el sentimiento de ser lo que somos a la luz de una crítica de la profesionalización académica pero sobre todo del sabor que degusta el hilo conductor de las profundidades nuestroamericanas; el segundo momento, enmarcado bajo un horizonte actualizado de la *filosofía latinoamericana*, apunta el quehacer de una ontología de la semilla de este pensamiento intercultural nuestro que, desde el estar, también quiere preguntarse por el sentido del ser.

Palabras claves: Kusch, América profunda, Hedor, Estar, Ontología latinoamericana.